

V. DE LOS ORNAMENTOS DEL ALMA

Con estas ventajas del cuerpo y del Espíritu que hasta aquí hemos tratado, quiero que sea dotado de los verdaderos ornamentos del Anima, quiero decir de las Virtudes Cristianas que comprenden todas las morales¹.

V-a-De la religión y de la fe

El fundamento de todas es la Religión, que no es a mi parecer sino un puro sentimiento que tenemos de Dios y una firme creencia en los misterios de nuestra Fe. Sin este principio no hay integridad, y sin esta integridad una persona no sabría ser agradable ni aún para los malos. Creamos pues que Dios es, y que es una sapiencia eterna, una bondad infinita y una virtud incomprensible, de quien la definición es no verla; que no hay ni principio ni fin y de quien el más perfecto conocimiento que podíamos tener es de conocer que no lo sabrían conocer bastante. Es verdad que es un peligroso atrevimiento de decir de él ni aún las verdades.

V-b-Contra los ateístas

Pero, ¿cuándo es abominable la flaqueza desta nueva y soberbia secta de espíritus recios, que no teniendo harta sumisión y reverencia para hacer humillar su ciego y pequeño entendimiento delante esta grande e inmortal luz y no hallando ninguna proporción entre su tosca y ridícula plática, y las maravillas de esta santa y primera Esencia osan bien adelantar su impiedad hasta venir a negar una cosa que los pájaros publican, que los animales reconocen, que las cosas las más insensibles prueban, que toda la naturaleza confiesa y delante de quién tiemblan los ángeles y los demonios se arrodillan?

¹ Castiglione (1994, IV: 12-14), opinaba al igual que Faret, que la Virtud era posible de ser adquirida por medio de la educación.

V-c-De otras virtudes en general

Sobre este grande y firme arrimo de la religión se deben fundar todas las demás virtudes que, después de habernos hecho agradables a Dios, nos hacen amar de los hombres y nosotros recibimos una cierta satisfacción secreta que nos hace gozar de un reposo macizo en medio de los desasosiegos de la corte.

V-d-Del temor de Dios

Así es el temor de Dios, que es el principio desta verdadera sabiduría, que comprende todos los preceptos que la filosofía nos ha dado para bien vivir. Es este mesmo temor que nos hace atrevidos en los peligros, que fortifica nuestras esperanzas, que guía nuestros designios, que regla nuestras costumbres y nos hace ser acariciados de gente honrada y temer a los malos. Por ella parecemos buenos sin hipocresía, devotos sin superstición, prudentes sin malicia, modestos y humildes sin flaqueza y generosos sin altivez. Cualquiera que se siente proveído deste tesoro y de las calidades que hemos relatado, y de otra parte arrimado a un buen sentido natural para asegurar su gobierno puede muy atrevidamente arrojar en la Corte y pretender ser considerado con estima y aprobación.